

# Mi primera mascota

Bruno C. Borro

Los sábados salíamos al Policentro en familia. Para entonces no había muchos semáforos en el centro de Guayaquil, y papá tenía un San Remo que guardaba a la vuelta de la cuadra. Creo que a mis padres les gustaba ese centro comercial porque tenía un lugar de comida italiana barato, y a mi hermana y a mí, por la zona de juegos.

Recuerdo que después de terminar nuestros helados, nos montaban en una minirueda moscovita con dos asientos: uno era rosado y el otro, celeste; perfecto para nosotros. También había un juego del caballo mecánico sobre el que se galopaba y, a la vez, disparaba a muñequitos de plásticos. Esos tenían la forma de hombres con sombrero, persiguiendo a otros con plumas en la cabeza. Era un juego bizarro, pero me cautivaba. Creo que además me ayudaba a contener la ansiedad...

Con mi familia solíamos correr al volver a casa. Desde el garaje al zaguán, porque a eso de los seis comenzaban a salir los fumones. Algunas veces, lo hacíamos como un juego, pero otras, debíamos apresurarnos en serio. Por lo general desconfiábamos de cualquier desconocido, pero dependiendo de cuán sucia estaba su ropa entendíamos si era un peligro o no. Así era nuestra vida en el centro. Envidiaba un poco a los niños que salían a jugar por la calle. Mamá no permitía que me les acercara porque decía que eran gomereros, y yo no entendía qué tenía eso

de malo, si yo desde el kínder jugaba con papel y goma. Pero lo que más envidiaba de otros niños de mi edad eran sus mascotas. Cuando me invitaban a un cumpleaños, siempre había un perro o un gato, y yo quería uno para mí. «No podemos porque vivimos en un apartamento, para un animalito hay que tener patio», me decían. Y mi hermana y yo llorábamos porque queríamos casa con patio, columpios y una mascota.

En el edificio donde vivíamos no había ascensor, y cada día, al regresar de la escuela, debía subir noventa escalones hasta mi departamento. Era un estilo de vida cardiosaludable, pero peligroso cuando enceraban la baldosa.

216 Un día, al entrar, noté que sobre el suelo reposaban unas fundas plásticas con agua dentro. «¡Es un regalo por el día del niño!», dijo mamá. Sobre la mesa del corredor, había colocadas dos peceras: una rosada y otra celeste. Para mi hermana, una pareja de peces ángel. Para mí, una pequeña langosta... «Pero esa langosta es un bebé», decía cada una de las visitas que recibíamos. No teníamos claro qué era porque en mi familia nadie era biólogo, y en esa época no se hablaba de *googlear* porque el Internet no llegaba a los hogares. Hoy entiendo que las minilangostas no son langostas bebés, sino una especie miniatura, pero para entonces lo que me importaba era que finalmente tenía una mascota.

— ¡La llamaré Escorpición! — dije—. ¡Por el personaje de los Transformers!

Un robot con forma de escorpión, bastante cercano a una langosta. Así comenzaba nuestra historia.

## Observar las burbujas que salían del motor del acuario

Las tardes, luego de acabar la tarea, me sentaba frente a la pecera de Escorpición a observarlo. Esencialmente permanecía quieto por horas. Al principio, era más entretenido enumerar las burbujas del motor. La langosta usaba sus antenas como sensores y si ponía mi dedo sobre el agua, reaccionaba. También cuando colocaba su alimento, esos trozos de papel que comen los peces. De vez en cuando, atacaba los juguetes que tenía dentro: una calavera y un cofre del tesoro. Supongo que le molestaba el aislamiento, pero no sabía cómo sacarlo a pasear. La única vez que lo intenté alzó sus tenazas y regresó a mirarme con sus diminutos ojos negros, y entendí que necesitaba el agua. Desde entonces solo lo sacaba para limpiar la pecera. Lo hacía con una red cuadrada color verde, y colocaba en una lavacara de Pycca. A veces le pasaba un cepillo de dientes encima a Escorpición y juro que me miraba con alegría al notar su coraza pulida.

Una noche, luego de cenar, mamá dijo que iba a lavar la pecera por mí, porque yo regaba el agua y se ensuciaba la cocina. Para entonces acababan de instalar un calentador de agua en el edificio, y eso era bueno para eliminar las bacterias. Supongo que por eso ella abrió el grifo con la marca roja. O sea, para limpiar las caras de la pecera. El problema fue que el agua cayó sobre la lavacara... Escorpición me miró otra vez con sus ojos en silencio, y mientras su coraza se tostaba, pude ver cómo súbitamente se desmayaba... y quedó flotando de espaldas.

**Bruno Carlo Borro**

Máster en Lingüística y Pedagogía de Idioma Italiano por la Universidad de Milán. Antes de eso, vivió por un tiempo en Dinamarca, donde obtuvo un grado de Ph. D. en Ciencias de la Salud, y ejerció actividades de investigación. En ese periodo se inició en la escritura, con el blog digital *The Crazy Nordic*, además de varios artículos científicos en la reconocida revista *Elsevier*. De narrativa, publicó recientemente la novela *El intruso en Cusco*.

[bruno.carlo9@gmail.com](mailto:bruno.carlo9@gmail.com)